

889-890 OPUSCULUM SEXAGESIMUM. EXPOSICIÓN MÍSTICA DE LAS HISTORIAS DEL LIBRO DEL GÉNESIS.

CAPÍTULO PRIMERO. Dijo Dios: HÁGASE LA LUZ, el primer día.

Este libro aborda de manera sucinta cómo el hombre puede ser completado y perfeccionado, tal como se puede descubrir en el orden de la creación del mundo. Porque el hombre es llamado microcosmos, es decir, un mundo menor, es necesario que, esforzándose por alcanzar la plenitud de su ser, imite la misma forma de la condición mundana, y así como este mundo visible y corpóreo fue completado por la magnitud y grandeza de sus partes, así también nuestro hombre interior debe llegar gradualmente a su plenitud a través del aumento de las virtudes. De esta plenitud espiritual habla el Apóstol: «Hasta que todos lleguemos al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.» Entonces se dice en el hombre que se haga la luz, cuando se le concede que la iluminación de la fe brille en él; la primera luz de la mente es la fe. Por eso el Apóstol dice bien a los fieles de Éfeso: «Fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor;» y este es el primer mandamiento en la ley: «Escucha, Israel: El Señor tu Dios es uno.» Entonces se hace el primer día en el hombre, cuando viene nuevo a la fe.

CAPÍTULO II. Del firmamento y la división de las aguas.

El segundo día Dios hizo el firmamento y las divisiones de las aguas, de las cuales unas fluirían hacia abajo y otras permanecerían en lo alto. ¿Qué es el firmamento sino la fortaleza de las Escrituras? Por eso se lee que el cielo se enrollará como un libro en el día del juicio. ¿Qué son las aguas inferiores sino las multitudes de hombres, según el Apocalipsis: «Muchas aguas, muchos pueblos?» ¿Y qué son las superiores sino los coros de ángeles? de los cuales se dice en el salmo: «Y todas las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor.» Los ángeles no tienen el cielo de las Escrituras sobre ellos, sino debajo de ellos, porque no necesitan escuchar leyendo la palabra de Dios, ya que ven claramente a Dios presente y siempre arden en su amor. Así, cuando el hombre, a través del firmamento, es decir, a través del documento del discurso celestial, comienza a dividir las aguas inferiores de las superiores, es decir, a separar lo carnal de lo espiritual, lo terrenal de lo celestial; entonces en él se hace el segundo día, porque no solo tiene la luz de la fe, sino que también comienza a tener discernimiento de las cosas.

CAPÍTULO III. De la congregación de las aguas en un solo lugar bajo el cielo.

Hecha la división de las aguas, es decir, entre lo terrenal y lo celestial, es necesario que la mente humana divida más minuciosamente estas mismas cosas terrenales, y así distinga a los hombres reprobos, que se deleitan en la salinidad de esta sabiduría terrenal, de los justos, que tienen sed de la fuente de la fe, como el mar del árido. Los infieles o carnales son sacudidos por las olas de las tentaciones del mar, y se hinchan como por las tempestades de las pasiones y la arrogancia; pero los santos y justos tienen sed de Dios como el árido, y como tierra fértil se esfuerzan por germinar los frutos de las buenas obras. Por eso, cuando Dios dijo: «Y aparezca lo seco,» ese mismo día también ordenó: «Produzca la tierra hierba verde que dé semilla, y árbol frutal que dé fruto.» Quien ejecuta esto con diligencia, quien medita esto con sutileza, a este sin duda le amanece ya el tercer día. Cada uno, por tanto, divídase de la amarga salinidad de los que son sabios carnalmente, y hecho árido, tenga sed del manantial de la gracia divina, produzca brotes de buenos frutos, para que le ilumine el tercer día.

CAPÍTULO IV. De los luminares hechos el cuarto día en el firmamento del cielo.

Puestas y ordenadas así las cosas de manera saludable, el alma del hombre, como si las tinieblas de los vicios se hubieran disipado, comienza a brillar con el resplandor de las virtudes. ¿Qué significa que primero la tierra germine y luego se creen los luminares, sino que, al surgir el brote de la buena obra, surge una luz más abundante en el alma, para que pueda imitar las huellas de su Redentor? Que la mente humana se apresure, por tanto, a germinar el fruto de las cosechas espirituales, para que sea iluminada por los resplandecientes rayos de la luz divina, de modo que, mientras disfruta de la luz del cuarto día, también sea arrebatada a la contemplación de las cosas celestiales, al modo de las aves espirituales.

CAPÍTULO V. Que el quinto día fueron creados los peces y las aves.

El quinto día fueron creados los peces, que designan a aquellos que reciben el sacramento del bautismo, así como las aves, a aquellos que se elevan a la contemplación de las cosas celestiales con las alas de las virtudes. Quien, por tanto, tiene el quinto día con las aves, despreciando el amor del mundo, como si deseara no pisar el lodo terrenal, y por la gracia de la contemplación se eleva al deseo de la gloria celestial. Este, por tanto, ya no camina en la tierra, sino que vuela por el aire, porque despreciando todas las cosas terrenales, anhela sediento las celestiales, según el salmo: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo.» Este, por tanto, se forma con razón a la imagen de su Creador, quien posee tal dignidad de carismas espirituales, que ya no solo se le manda seguir la norma de cualquier santo, sino que también intenta imitar, en cuanto es posible, el ejemplo de Dios mismo, como dice el Apóstol: «Sed imitadores de mí como hijos amados, y andad en amor, como Cristo os amó.» Hay, sin embargo, una gran diferencia entre Pablo, que imitaba a Cristo, y aquellos a quienes incitaba a imitarlo a él mismo, diciendo: «Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo.»

CAPÍTULO VI. Del sexto día.

El sexto día fue creado el hombre a imagen y semejanza de su Creador. Lo cual, así como entonces se hizo por el principio de la condición humana, así ahora se realiza por el sacramento de la renovación interior. Además, entre todos, es decir, los animales del agua y de la tierra, recibe como una monarquía y una cierta primacía de excelencia superior, porque un hombre perfecto y consumado en virtudes sabe emitir un juicio recto sobre cada cosa, como dice el Apóstol: «El hombre espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado por nadie.» Por tanto, Dios omnipotente establece al hombre perfecto, muerto al mundo y viviendo para sí, como su trono y a través de él a menudo promulga el edicto de su justicia. De ahí que también el orden angélico, por el cual Dios omnipotente decreta con más frecuencia sus juicios, se llama trono, porque en ellos se sienta el supremo juez, cuando ejerce los juicios de equidad a través de ellos. Por tanto, Dios establece al hombre perfecto como su trono, para que en él descansa suavemente. Por eso también a través del Profeta: «¿Sobre quién, dice, reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y manso, y que tiembla ante mis palabras?» Y es de notar que por cada día se dice: «Fue la tarde y la mañana, el día» tal. La tarde, ciertamente, es la misma perfección de la buena obra; la mañana, la luz de la mente. Porque cuando la buena obra llega a la perfección, entonces en la mente del que obra surge la luz de la gracia espiritual, de modo que mientras ejecuta una obra luminosa externamente, internamente es iluminado por la misma gracia del espíritu.

CAPÍTULO VII. Que el sábado, habiendo completado todo, Dios descansó.

Así se llega al sábado, en el cual Dios mismo, habiendo completado todo, descansa, y manda al hombre descansar: De este modo, el hombre se convierte en el sábado de Dios, y Dios se

convierte en el sábado del hombre, porque el hombre descansa en Dios, y Dios en él. «Permaneced en mí, y yo en vosotros, dice el Señor;» porque él es para nosotros un tiempo intemporal y un lugar sin lugar. Sin lugar, ciertamente, porque no está circunscrito por el lugar; intemporal, porque nunca termina. Dios es, por tanto, nuestro tiempo, cuando dice en el Evangelio de Juan: «¿No son doce las horas del día?» Se llama a sí mismo el día, y a los doce apóstoles las doce horas. El lugar, sin duda, se expresa allí donde el profeta David, después de haber dicho: «Tú eres el mismo, y tus años no acabarán,» añade inmediatamente: «Los hijos de tus siervos habitarán allí,» sin duda en ti. Dios hizo, por tanto, el cielo y la tierra; sin embargo, no se dice que descansó. Hizo las plantas de la tierra y los luminares del cielo; y no se dice que descansó. Hizo todo lo que se alimenta en la tierra y lo que se mueve en las aguas; y en todo nunca se lee que descansó. Pero habiendo formado al hombre a su imagen, inmediatamente brilló el sábado de descanso, y así el Creador de la humanidad descansó. Y cuando él mismo dice por el profeta Isaías: «El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies,» lo que no se dice en la creación de ellos, solo en la condición del hombre se dice que descansó. Y para que más y más admires la clara dignidad de este séptimo día, la Escritura dice que Dios bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en él cesó de toda su obra; lo que en los demás días de ninguna manera se encuentra que haya hecho. ¿Qué significa para Dios santificar el sábado, sino construir un templo para sí mismo en la mente del hombre santo y perfecto? Como dice el Apóstol a los Corintios: «El templo de Dios es santo, que sois vosotros, y el Espíritu Santo habita en vosotros.» Además, así como hemos dicho del sábado, también la razón exige que digamos del templo, porque Dios es el templo del hombre, y el hombre es el templo de Dios, como dice Juan en el Apocalipsis: «No vi templo en ella, porque el Señor Dios Todopoderoso es su templo, y el Cordero.» Por tanto, Dios es llamado templo del hombre, y el hombre es llamado templo de Dios; este templo del hombre es el paraíso espiritual, es decir, la mente santa, la mente perfecta, la mente pura, y expresamente formada a la imagen de su Creador. Esta, digo, mente, o alma racional, con razón se llama paraíso, que es irrigada por el manantial de los carismas celestiales y adornada como con brotes verdes de virtudes santas, como si fueran árboles o hierbas fértiles; porque aquella fuente o río que se dice que sale de allí del lugar de la delicia para regar el paraíso, y que se divide en cuatro cabezas, es la razón de la mente, de la cual, como de una fuente original, fluyen las cuatro virtudes, a saber, la justicia, la fortaleza, la prudencia y la templanza, como tantos torrentes salvadores, que hacen fértil la tierra de nuestro corazón. El árbol de la vida es la misma sabiduría, madre de todos los bienes, de la cual también Salomón dice: «Es árbol de vida para los que la toman; y quien la retiene, es bienaventurado.» El árbol del conocimiento del bien y del mal es la transgresión de la ley impuesta y la experiencia de la miseria, pero como no nos proponemos exponer todo en orden, basta con haber anticipado brevemente estas cosas que competen a este asunto.

CAPÍTULO VIII. El Señor hizo caer un sueño profundo sobre Adán.

La virtud de Dios se vació para fortalecer nuestras debilidades; la sublimidad de Dios se inclinó para levantar a los caídos; la vida se dignó morir para destruir el dominio de la muerte y llamar a los muertos a la vida: lo cual se declara también en el mismo principio del género humano. Está escrito: «El Señor hizo caer un sueño profundo sobre Adán, y mientras dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar, y el Señor Dios edificó la costilla que había tomado de Adán en una mujer.» Sobre lo cual, cuando el Apóstol hablaba, diciendo: «Dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne,» inmediatamente añadió: «Este es un gran misterio; pero yo hablo de Cristo y de la Iglesia.» Y verdaderamente es un indicio de gran virtud y un misterio de admirable profundidad. Por Adán, en efecto, se designa a Cristo, por Eva a la Iglesia. ¿Qué significa que

primero Dios hizo dormir a Adán, y luego sacó de su costado la costilla de la que se formaría la mujer, sino que primero el Redentor durmió en la muerte, y así del costado de él fluyó sangre y agua para el sacramento de la Iglesia? Eva fue trasladada del costado del hombre dormido, y también la Iglesia salió del costado de Cristo colgado en la cruz. Pero ¿qué significa que el omnipotente Creador, cuando dispuso propagar a la mujer del hombre, es decir, al sexo frágil del más fuerte, no quiso exhibir la carne del hombre, sino más bien el hueso como materia para hacer a la mujer? Podía, en efecto, Dios sustraer carne al hombre para formar a la mujer, y esto ciertamente parecería más congruente; se hacía, en efecto, un sexo más débil, que ciertamente procedería más consecuentemente de la debilidad de la carne que de la fortaleza del hueso. Y, para que más admires el sacramento de la obra divina, no devolvió hueso por hueso; sino que más bien llenó con carne lo que faltaba en el cuerpo del hombre. Por eso la Escritura, cuando dice: «Tomó una de sus costillas,» añade inmediatamente: «Y cerró la carne en su lugar;» podía, sin duda, sustraer carne al hombre para formar a la mujer; podía restaurar el hueso y la pérdida del hueso en el cuerpo mutilado, pero tomó el hueso, y devolvió carne. Así formó lo frágil de la virtud; el hombre Adán fue hecho débil, para que Eva fuera fuerte. Cristo fue debilitado, para que la Iglesia fuera fortalecida; porque su debilidad es nuestra fortaleza, y para esto él soportó nuestra debilidad, para establecernos en su fortaleza, «Lo que es débil de Dios,» como dice el Apóstol, «es más fuerte que los hombres,» y en otro lugar: «Porque si Cristo fue crucificado por debilidad, vive por el poder de Dios.» Porque aunque nosotros somos débiles en él, vivimos con él por el poder de Dios. En verdad, los hombres de este mundo, que desean brillar por la virtud de las guerras, que desean celebrar sus victorias por la hora del vulgo, cuando van a entrar en batalla, someten en su cuerpo lo que es débil y blando, y superponen lo que es duro y difícil de penetrar; se visten con corazas de hierro, y procuran proteger la carne, que cede fácilmente al golpe, para que lo duro y fuerte, que está fuera, defienda lo blando que está dentro. Nuestro Redentor, cuando entra en el campo de este mundo para luchar, se arma como un fuerte guerrero para vencer las maldades de este aire; porque debía instruir una nueva batalla, se vistió de un nuevo tipo de armadura; es decir, para que lo que es débil lo superpusiera, y lo que es robusto lo ocultara; se vistió, en efecto, con la débil coraza de la carne, y ocultó la insuperable fortaleza de la divinidad. Así, por la carne, el diablo perdió ante el segundo hombre, quien por la carne había vencido al primer hombre y ahora se convirtió en causa de ruina, que había sido materia de victoria sobre el primer padre.

CAPÍTULO IX. Que, al deambular el Señor en el paraíso, Adán, porque estaba desnudo, se escondió.

El frío concentrado en el pecho suele interrumpir la voz, este frío, de hecho, ya lo había concebido aquel, quien, al deambular el Señor al soplo del paraíso después del mediodía, respondía con voces algo roncadas: «Oí tu voz, y tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí.» Pero porque el fervor meridiano ya se había ido de él, el soplo, que es madre del frío, se acercaba aquí, porque ya la inocencia quitada lo había desnudado. ¿Qué significan todas estas cosas, sino que el frío de su interior había obstruido las entrañas del amor extinguido, y por eso su voz sonaba ronca en los oídos del Señor? De este frío, ciertamente, Abraham estaba ajeno, de quien la Escritura pronuncia: «Porque el Señor se le apareció en el mismo fervor del día,» y aquel Esposo celestial, como se lee en los Cantares: «Pastorea y reposa al mediodía.»

CAPÍTULO X. De Caín se dará venganza siete veces, de Lamec setenta veces siete.

Para mostrar que el beato Lucas nos expía de nuestros crímenes por la venida de nuestro Salvador, no comienza el orden de su narración evangélica desde el principio, sino solo desde

el bautismo y la genealogía de Cristo, que describe ascendiendo por setenta y siete grados de parentesco, lo cual también se muestra claramente en el libro del Génesis, donde se narra que Lamec dijo a sus esposas: «Se dará venganza siete veces de Caín, pero de Lamec setenta veces siete.» Se dice que se dará venganza setenta veces siete de Lamec, porque se dice que setenta y siete hombres salieron de sus lomos y luego fueron absorbidos por el diluvio devorador. Pero en qué Lamec se expresa golpeando o siendo golpeado, ¿qué se figura por este sino el primer padre del género humano? Quien, sin duda, tanto el dardo del pecado, por el cual él mismo fue el primero en ser golpeado y pereció, también infligió una herida a toda la posteridad futura. De este Lamec, por tanto, se dio venganza setenta veces siete, porque el pecado que el primer hombre contrajo, permaneció a través de setenta y siete generaciones en el género humano hasta Cristo; el pecado original, de hecho, permaneció, que él mismo borró por los sacramentos del bautismo, donde se dice de él: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo.»

CAPÍTULO XI. Hazte un arca de maderas labradas, y la cubrirás con betún por dentro y por fuera.

El arca, que contuvo ocho almas entre las aguas del cataclismo, la voz divina ordenó que se cubriera con betún por dentro y por fuera; la santa Iglesia, que tiende a la gloria de la resurrección, así se cubre con betún por dentro y por fuera, para que tanto fuera se muestre en el amor fraterno, como dentro se adhiera en la verdad del mutuo afecto. Porque quien ama dentro, pero fuera discorda de los hermanos con la aspereza disonante de las costumbres, tiene betún por dentro, pero no por fuera; quien, por el contrario, se muestra afable en apariencia simulando amistad, pero en el secreto del corazón no guarda la verdad de la amistad, se abre condenablemente por dentro, mientras que por fuera se adhiere con la simulación del betún superpuesto. De los cuales, en verdad, ninguno se salva del naufragio diluvial, porque no se protege con el betún doble de la caridad, como se ha ordenado divinamente; pero quien se muestra amable por fuera y conserva el amor por dentro, por fuera exhibe con las ramas de la palabra el fruto del beneficio, y por dentro fija una raíz profunda, porque ama desde lo más profundo. Este, en verdad, se cubre con betún por dentro y por fuera, porque se une con el vínculo doble de la caridad con los prójimos. Además, porque se ordena primero hacer el arca de maderas labradas y luego cubrirla con betún, por esto se nos insinúa claramente que nuestras maderas, es decir, las costumbres duras, incultas y ásperas, deben ser primero pulidas por la disciplina del ejercicio espiritual, para que luego se añada el betún a la estructura compacta; porque mientras las costumbres de los hombres son ásperas e incultas, en vano se les aplica el betún de la caridad, porque pronto se separan entre sí, ya que no se mantiene en ellos la igualada confederación de la moralidad pulida.

CAPÍTULO XII. De la medida del arca del diluvio.

El misterio de la cruz fue contenido en aquella arca cuya longitud, según la Escritura, fue de trescientos codos. Este número está contenido en la letra thau, que expresa la forma de la cruz. Así como Noé y los suyos fueron salvados por el agua y la madera, también la familia de Cristo es salvada por el agua y la madera, al ser lavada en el bautismo de salvación y marcada con la impresión vivificante de la cruz. La arca, en el sacramento del cuerpo humano de Cristo, se dice que tuvo trescientos codos de longitud y treinta de altura. Trescientos incluye seis veces el número cincuenta y diez veces el número treinta; y la longitud del cuerpo humano, desde la coronilla hasta los pies, es seis veces la anchura, que es de derecha a izquierda, y diez veces la altura, que es de adelante hacia atrás. Así, la arca en su número de longitud de trescientos representa la forma de la cruz, y en la altura de toda su dimensión, la

figura del cuerpo del Señor. Y así como a Noé se le dieron siete almas para ser salvadas por la madera en las aguas del diluvio, así las siete Iglesias, llenas del Espíritu septiforme, son salvadas en Cristo por la madera de la cruz y el agua del bautismo. Por la madera, el príncipe de la soberbia nos sometió a su servidumbre, y por la madera, Cristo Señor, autor de la humildad, nos devolvió al título de libertad.

CAPÍTULO XIII. Que el agua del diluvio fue quince codos más alta que todos los montes.

El número quince, compuesto por siete y ocho, contiene en sí el misterio del descanso bienaventurado y de la futura resurrección; pues Dios, al principio del mundo creado, descansó el séptimo día, y el octavo día, al redimir el mundo, resucitó. El sacramento de ambos números se contiene especialmente en el bautismo, donde resurgimos de la antigüedad y se nos ordena descansar de la perturbación del ruido mundano. Este misterio del séptimo descanso y de la octava resurrección no lo entienden aquellos que se hinchan con la jactancia de la gloria mundana o con las vanidades de la sabiduría terrenal. Por eso se dice aquí acertadamente que «el agua fue quince codos más alta que todos los montes que cubrió». Los montes, es decir, significan a los soberbios y altivos. El alto y profundo sacramento de la resurrección y del descanso íntimo trasciende todo entendimiento de los sabios soberbios.

CAPÍTULO XIV. Que el diluvio comenzó a disminuir después de ciento cincuenta días.

«Las aguas regresaron de la tierra y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días.» Dado que en el misterio de nuestra regeneración el séptimo descanso se une con la octava resurrección, se dice bien en el libro del Génesis: «Porque las aguas regresaron de la tierra y comenzaron a disminuir después de ciento cincuenta días»; pues setenta, que se cuenta desde siete, y ochenta, que se cuenta desde ocho, juntos suman ciento cincuenta.

CAPÍTULO XV. Que el arca descansó en el séptimo mes.

El arca descansó en el séptimo mes, el vigésimo séptimo día del mes, sobre los montes de Armenia. Este descanso del setenta se recomienda bien en el bautismo, que se reconoce haber sido figurado por aquel diluvio; en el cual, resurgiendo nuevos de la antigüedad de Adán, se nos ordena descansar de la perturbación del ruido mundano.

CAPÍTULO XVI. Del cuervo y la paloma enviados desde el arca.

En este mundo agitado, los justos trabajan, donde los réprobos poseen su descanso. Esta diversidad la significan bien el cuervo y la paloma enviados desde el arca; el cuervo, posado sobre los cadáveres, no regresó a las puertas del arca; la paloma, en cambio, regresó porque no encontró dónde reposar su pie. Aquí, donde los malvados se sacian de placeres carnales, los hombres santos no pueden encontrar dónde poner el pie de su deseo para descansar.

CAPÍTULO XVII. Que Noé envió nuevamente la paloma desde el arca.

Cuando los crímenes del mundo fueron expiados por un diluvio derramado, la paloma presentó la semejanza del don futuro, cuando anunció la paz devuelta a la tierra a través de una rama de olivo. Dice la Escritura: «Después de esperar otros siete días, Noé volvió a enviar la paloma desde el arca; y ella regresó a él llevando una rama de olivo con hojas verdes en su pico.» En el envío y regreso de la paloma se menciona el número siete, porque el Espíritu Santo, que al principio del mundo se movía sobre las aguas, ya al atardecer del siglo llenó la santa Iglesia.

CAPÍTULO XVIII. Venid, hagamos una ciudad.

«Cuando partieron de oriente a occidente, encontraron un campo en la tierra de Senaar y habitaron allí.» Pero como Cristo es el Oriente, según el profeta Zacarías, que dice: «He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente»; vienen de oriente aquellos que, viviendo mal o lacerando a sus prójimos, se alejan de la compañía de Cristo. Senaar se interpreta como la caída de los dientes o su hedor. En el campo de Senaar habitan aquellos que no están establecidos en el arca de las virtudes, sino más bien en el valle de los vicios, rechinan los dientes para morder y roer a sus prójimos con detracciones, y emiten hedores, mientras se pudren en las inmundicias de una vida cenagosa. Pero Dios hace caer sus dientes, mientras confunde las obras y palabras de los perversos: por eso se dice allí: «Por eso se llamó su nombre Babel, porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra, y el Señor los dispersó sobre la faz de todas las regiones.» Por tanto, se dice acertadamente que aquellos hombres y buscadores de vana gloria, diciendo entre sí: «Venid, hagamos una ciudad y una torre,» etc., habitaron en el campo de Senaar, que entre nosotros, como se ha dicho, significa la caída de los dientes o su hedor; porque los perversos, mientras se enorgullecen contra los mandamientos de la ley divina, mientras levantan arrogantemente el cuello de su corazón contra Dios, y calumnian a sus prójimos de manera condenable, se revuelcan más fácilmente en el estiércol de una vida obscena. Y sobre la caída de los dientes se dice en el salmo: «Has quebrado los dientes de los pecadores.» También: «Dios quebrará sus dientes en su boca, el Señor romperá las muelas de los leones.» Sobre su hedor también se lee: «Los animales se pudrieron en su estiércol.» También en las Lamentaciones: «Los que se criaron en púrpura abrazaron el estiércol.» También Isaías III: «En lugar de olor suave habrá hedor.» Cualquiera que quiera fundar un edificio que no sea fácilmente susceptible de ruina, es necesario que no tenga ladrillos y betún, que se rompen rápidamente, sino más bien piedras y rocas, que unan las paredes, y cemento de cal y arena, que una firmemente las paredes con una unión inviolable de piedras. Por lo tanto, que los babilonios mencionados tuvieran ladrillos en lugar de piedras y betún en lugar de cemento, significa el edificio de la vida carnal, que será rápidamente destruido por la fuerza de los vientos o el ímpetu de las aguas.

CAPÍTULO XIX. De los cinco reyes de Sodoma y Gomorra, que fueron derrotados por cuatro reyes.

La prudencia de este mundo es enemiga de Dios; pues no se sujeta a la ley de Dios, ni puede. De ahí que, como en el libro del Génesis, cinco reyes que no quisieron someterse a Quedorlaomer, fueron vencidos por cuatro reyes. ¿Y dónde? En el valle silvestre, que ahora se llama mar de Sal. ¿Quiénes son los cuatro reyes, sino las cuatro virtudes que la Sagrada Escritura llama principales? ¿Y qué se designa por los cinco reyes, sino los cinco sentidos del cuerpo, y por ellos la ciencia exterior? Así como esas cuatro virtudes proceden como de su fuente original, es decir, de la razón, así estos habitan en la vanidad de la sabiduría terrenal, como en un valle de salinidad, y allí son derrotados por sus enemigos, porque es digno que en el alma del hombre la sabiduría espiritual venza, y la astucia de la prudencia carnal perezca. De ahí que se lea de David: «Porque se hizo un nombre cuando regresó después de haber capturado Siria en el valle de la Sal, habiendo matado a doce mil.»

CAPÍTULO XX. Que Abraham, al sacrificar con Dios, dividió los animales, pero no las aves.

«Tomando, dice la Escritura, todos estos, los dividió por la mitad, y puso las partes una frente a la otra, pero no dividió las aves.» Los animales terrenales se oponen entre sí y uno frente al otro, porque los terrenales se enfurecen contra sus prójimos con disputas y contiendas, o ciertamente arden con ocultos odios contra ellos. En cambio, aquellos que se elevan con la

pluma del deseo celestial, mientras se ofrecen a sí mismos como sacrificio a Dios, no se apartan del vínculo del amor mutuo.

CAPÍTULO XXI. Abraham ahuyentaba las aves que descendían sobre los sacrificios.

Los espíritus malignos intentan corromper nuestras oraciones con pensamientos perversos o nuestras buenas obras con la contaminación de cualquier pecado. Por eso está escrito que, cuando Abraham ofrecía devotamente a Dios un sacrificio de animales y aves, descendieron aves sobre los cadáveres, y Abraham las ahuyentaba. ¿Qué expresan las aves, sino los espíritus reprobos que vuelan por el aire? Ahuyentamos las aves de nuestro sacrificio cuando custodiamos con previsión las víctimas de nuestras oraciones u obras de los espíritus malignos que intentan mancillarlas.

CAPÍTULO XXII. Cuando el sol se ponía, un sueño cayó sobre Abraham, y un gran horror lo invadió.

Cuando el sol se ponía, un sueño cayó sobre Abraham, y un gran y tenebroso horror lo invadió. La puesta del sol designa el ocaso del mundo; el gran y tenebroso horror figura la oscuridad de los vicios y crímenes, que diariamente se temen pestilentemente por la maldad creciente de los hombres reprobos. Por eso se añade poco después: «Cuando el sol se puso, se hizo una oscuridad tenebrosa, y apareció un horno humeante.» Así como el humo sale del fuego de un horno humeante, así la oscuridad de todos los vicios y crímenes se genera del horno de la avaricia ardiente, como dice el Apóstol: «Porque la raíz de todos los males es la avaricia.» Y esto al final del día, es decir, al final del mundo. El horno humeante genera una oscuridad tenebrosa, porque el horno de la avaricia, que arde en los pechos de los hombres perversos, oscurece pestilentemente el mundo con muchas tinieblas de diversas clases. ¿Acaso no ciega las mentes de los infelices, que quita la fe y extingue la luz de todas las virtudes en sus corazones? Por eso, cuando el Apóstol ha dicho esto, añade inmediatamente: «A los cuales, es decir, la avaricia, algunos deseando se desviaron de la fe, y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores;» se traspasan a sí mismos con muchos dolores, mientras por ganancias temporales se separan entre sí con enemistad irreconciliable, y a menudo, mientras por cosas corporales se enfrentan en armas, despojan a sus cuerpos de sus almas. Pero aquellos que arden con deseos celestiales, en lugar de dolores obtienen placeres, porque viven unánimemente en la dulzura de la caridad fraterna. De ahí que en aquel sacrificio vespertino, que entonces ofreció Abraham, dispuso los animales terrenales separados entre sí, pero no unió las aves. Por eso la Escritura dice: «Tomando, dice, todos estos, los dividió por la mitad, y puso las partes una frente a la otra, pero no dividió las aves.»

CAPÍTULO XXIII. Descenderé y veré si han cumplido con la obra el clamor que ha llegado a mí.

Si observamos atentamente las obras de nuestro Creador, no debemos dar fácilmente crédito a cualquier mal; pues Él, a cuyos ojos todas las cosas están desnudas y abiertas, no despreció, cuando hablaba a Abraham sobre el clamor de los sodomitas que había llegado a Él, decir: «Descenderé y veré si han cumplido con la obra el clamor que ha llegado a mí. ¿No es así, para que yo sepa?» Esto parece haber sido dicho para que la ignorancia humana aprenda a no creer sin pruebas lo que ha oído, a no juzgar ligeramente lo desconocido, ni a pronunciar sentencia antes de que la cosa dudosa sea probada con testimonios.

CAPÍTULO XXIV. Que los sodomitas, al intentar irrumpir violentamente hacia los ángeles, fueron golpeados con ceguera.

«Y he aquí, dice la Escritura, los hombres extendieron la mano, introdujeron a Lot, y cerraron la puerta, y a los que estaban fuera los golpearon con ceguera desde el menor hasta el mayor, de modo que no podían encontrar la puerta.» Los sodomitas intentan irrumpir violentamente hacia los ángeles, cuando los hombres impuros intentan acercarse a Dios a través de los oficios del sagrado orden. Pero allí son golpeados con ceguera, porque por el justo juicio de Dios caen en tinieblas interiores; de modo que no pueden encontrar la puerta, porque, separados de Dios por el pecado, no saben por dónde regresar a Él. Pues quienes no desean acercarse a Dios por el camino de la humildad, sino por los desvíos de la arrogancia o el orgullo, es evidente que no reconocen por dónde está la entrada. Pero como Cristo es la puerta, como Él mismo dice: «Yo soy la puerta,» y quienes pierden a Cristo por sus pecados, no encuentran la puerta por donde puedan entrar en la morada de los ciudadanos celestiales. Han sido entregados a una mente reprobada, porque, mientras no sopesan con la balanza de una mente propia el peso de su culpa, consideran la pesada masa de plomo como si fuera la ligereza de plumas vanas. Lo que se dice allí: «Los golpearon con ceguera,» el Apóstol lo declara claramente, cuando dice: «Dios los entregó a una mente reprobada.» Y lo que se añade allí: «Para que no pudieran encontrar la puerta,» esto lo explica claramente, cuando dice: «Para que hagan lo que no conviene,» como si dijera, para que intenten entrar por donde no deben.

CAPÍTULO XXV. Que Abraham ofreció a Dios a su único hijo para ser sacrificado.

Abraham, al querer inmolar a su hijo a Dios, señaló casi todos los sacramentos de la pasión de Cristo. Así como Abraham, que se llama padre excelso, no dudó en ofrecer a su único y amado hijo a Dios, así también el supremo Padre entregó a su Hijo unigénito por todos nosotros. Y así como Isaac llevó él mismo la leña sobre la que iba a ser colocado, así también Cristo llevó sobre sus hombros la madera de su cruz, en la que iba a sufrir por nuestra salvación. Los dos siervos dejados a lo lejos significan a los judíos, que, viviendo servilmente y pensando carnalmente, no comprendieron la altísima humildad de Cristo, y por eso no subieron al monte, el lugar del sacrificio. ¿Por qué dos siervos, sino porque, al pecar Salomón, de un solo pueblo israelita se hicieron dos pueblos? A quienes a menudo se les dice por el profeta: «Adversaria Israel, y prevaricadora Judá.» Aquel asno que usaba Abraham entonces, era la insensata necedad de los judíos. Aquella necedad bruta llevaba todos los sacramentos; que, sin embargo, como animal irracional, ignoraba lo que llevaba. ¿Qué significa que se les dijo: «Esperad aquí con el asno; después de que adoremos, volveremos a vosotros?» Escucha al Apóstol: «La ceguera, dice, en parte ha sucedido a Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara, y así todo Israel será salvo.» ¿Qué significa que se dice: «La ceguera en parte ha sucedido a Israel?» Esto es, «Esperad aquí con el asno, para que la plenitud de los gentiles entrara,» esto es, «después de que adoremos;» donde el sacrificio de la pasión del Señor haya sido cumplido y predicado entre todas las naciones. Lo que sigue: «Y así todo Israel será salvo,» esto es, volveremos a vosotros. ¿Qué significa que se encuentra un carnero atrapado por los cuernos entre las zarzas, que es inmolado en lugar de Isaac? La cruz ciertamente tiene cuernos; dos maderas se juntan y así forman la figura de la cruz; de ahí que esté escrito de Cristo: «Tiene cuernos en sus manos.» Un carnero atrapado por los cuernos, Cristo es crucificado entre las iniquidades espinosas y dañinas de los judíos. Como Él mismo se queja por Jeremías, diciendo: «Este pueblo me ha rodeado con las espinas de sus pecados.» Después de realizado el sacrificio, se dice a Abraham: «En tu simiente serán bendecidas todas las naciones.» Y después de que el Señor dijo: «Han horadado mis manos y mis pies,» poco después en el mismo salmo añadió: «Recordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones. Porque del Señor es el reino, y Él dominará sobre las naciones.» Ofrecido pues el hijo de

Abraham, y en lugar de él inmolado el carnero, llamó el nombre de aquel lugar, «El Señor ve,» porque nuestro Señor, después de haber sido ofrecido en el altar de la cruz y pagado la deuda de nuestra muerte, se mostró de ahí en adelante a la vista de sus fieles, para que todos los redimidos lo encuentren ya por la fe, quienes hasta entonces no tenían ojos de fe.

CAPÍTULO XXVI. De Lía y Raquel, esposas de Jacob.

Por lo demás, no es oscuro que Labán tenía dos hijas, de las cuales Jacob se unió en matrimonio con la menor, a cuyos abrazos no pudo llegar hasta que, ignorante y por tanto a disgusto, aceptó a la mayor. Pero como hablo a quienes conocen el asunto, no necesito elaborar con muchas palabras. Labán, en efecto, se interpreta como blanqueamiento. ¿Quién se convierte a Dios, sino para que, despojado de la negrura de los pecados, sea blanqueado por la gracia del perdón? como él mismo promete, diciendo: «Si vuestros pecados fueran como la grana, serán blanqueados como la nieve.» Lo que aquel feliz pecador pedía, cuando decía: «Seré purificado, me lavarás, y seré blanqueado más que la nieve.» Lía se interpreta como trabajadora; Raquel, como palabra o principio. Pero, si atendemos diligentemente a la Escritura, no encontramos que Jacob sirviera ni un solo día por el deseo de Lía, sino que durante todas aquellas semanas de años estuvo sometido a servidumbre solo por Raquel. Además, soportó a la misma Lía por consideración a aquella. ¿Quién, en efecto, se convierte a Dios para sufrir trabajos, miserias y combates de tentaciones? Toda la intención de quien busca a Dios espera y aspira a llegar alguna vez al descanso, y a reposar en el gozo de la contemplación suprema, como en los abrazos de la hermosa Raquel, es decir, para que por la palabra que escucha ascienda a ver el principio que buscó. Pero es necesario que el trabajo de diversos combates lo ejercite antes de alcanzar la dulzura del descanso íntimo que desea. Primero es oprimido por la servidumbre, para que con derecho sea promovido después a los títulos de la perfecta libertad. Durante siete años sirve bajo la gracia del blanqueamiento, cuando guarda los siete mandamientos del Decálogo que pertenecen al amor al prójimo, es decir, que primero, constreñido por el temor y por tanto oprimido por el yugo de la servidumbre, comience al menos con las instituciones de la antigua ley, para que honre a sus padres, no cometa adulterio, no mate, no robe, no dé falso testimonio, no codicie la mujer de otro, ni la propiedad del prójimo. Habiendo observado debidamente estos, no es llevado inmediatamente, como esperaba, a los placeres de la contemplación, para disfrutar de la belleza de la tan esperada Raquel, sino que Lía le es impuesta inesperadamente durante la noche, porque en las tinieblas de esta ignorancia humana se le impone la tolerancia del trabajo; de la cual, sin embargo, ya recibe numerosa descendencia, porque adquiere abundantes frutos de ganancia espiritual a través de este trabajo. Así pues, la tolera para llegar alguna vez a aquella que ama perseverantemente. Se le aconseja, por tanto, que sude sirviendo durante otros siete años, porque ciertamente es necesario que observe otros siete preceptos, pero ya algo más libre, no como siervo bajo la ley, sino como yerno bajo el evangelio, es decir, que sea pobre de espíritu, sea manso, llore, tenga hambre y sed de justicia, sea misericordioso, tenga un corazón puro, y finalmente sea pacífico. En verdad, el hombre desearía, si fuera posible, no soportar ninguna molestia de trabajos, sino llegar de inmediato, en los rudimentos de su propio aprendizaje, a las delicias de la hermosa contemplación; sin embargo, esto no ocurre en la tierra de los moribundos, sino en la tierra de los vivientes. Lo que parece significar aquello que se dice a Jacob: «No es, dice Labán, costumbre en nuestro lugar entregar a las menores antes en matrimonio.» Y no sin razón se llama mayor a la que es anterior en el tiempo. Porque primero es el trabajo de la buena obra en la enseñanza del Señor que el descanso de la contemplación. Completados, por tanto, los dos, a saber, uno de la ley antigua y otro de la gracia evangélica, se llega de inmediato a los abrazos de la tan deseada Raquel, porque quien desea alcanzar los placeres de la

contemplación divina, primero es necesario que se esfuerce por cumplir los mandamientos de ambos Testamentos.

CAPÍTULO XXVII. De Bala y Zilpa.

Pero como cada elegido, no contento con el límite de su perfección, desea engendrar hijos para Dios con una fecundidad especial, después de que Jacob contrajo el pacto conyugal con las dos hermanas, no rehuyó recibir también a las siervas para el uso de la procreación de una descendencia más abundante; y, para que todo se entienda que redundaba en misterios espirituales, también los nombres de las siervas fueron anunciados bajo figuras místicas. Pues Bala se interpreta como envejecida; ciertamente porque el entendimiento de la sustancia espiritual no puede ser expresado con palabras desnudas por la lengua humana, a veces la doctrina de la sabiduría se esfuerza por informar al oyente a través de ciertas similitudes corporales. De la vida antigua y de los sentidos carnales se piensan imágenes corporales, cuyo uso se asume para enseñar, cuando se escucha algo de la esencia incomprensible e inmutable de la divinidad. Así pues, Raquel prefirió de alguna manera recibir hijos de la sierva que permanecer completamente estéril, porque la doctrina de la sabiduría, o la gracia de la contemplación, a través de la ciencia exterior, o las formas de las cosas visibles, comunica a los oyentes todo lo que oculta de lo visible dentro de los arcanos; y así de algún modo recibe hijos a través de la sierva, mientras que a través de ella, que está bajo su dominio, engendra hijos espirituales para Dios. Zilpa, por su parte, se interpreta como boca abierta. Esta sierva, por tanto, figura a aquellos cuyo, en la predicación de la fe evangélica, la boca ciertamente está abierta, pero el corazón no lo está. De los cuales está escrito: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí;» y de los cuales el Apóstol dice: «Tú que predicas que no se debe robar, robas;» sin embargo, de esta sierva Lía recibió otros hijos que serían coherederos, porque a menudo a través de tales predicadores la vida activa adoptó muchos hijos del reino. De los cuales la Verdad dice: «Haced lo que dicen, pero no lo que hacen;» y el Apóstol: «Ya sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré.» Esto, sin embargo, consideramos que debe ser tenido en cuenta, porque, así como Jacob aceptó a todas aquellas mujeres por consideración a Raquel, de quien engendró hijos, así quien, constituido bajo la gracia del blanqueamiento, desea fructificar para Dios con fecundidad espiritual, es necesario que a través de todo lo que hace siempre tienda a la gracia de la contemplación.

CAPÍTULO XXVIII. Que Raquel llamó a su hijo Benjamín.

Al salir el alma, Raquel, por el dolor, y ya inminente la muerte, llamó a su hijo Benoni, es decir, hijo de mi dolor; pero el padre lo llamó Benjamín, es decir, hijo de la derecha. Pues por Raquel no sin razón se designa a la Iglesia, que ciertamente vive inocentemente como una oveja, y por el estudio de la contemplación arde con amor para ver la figura de su Redentor, quien a los judíos que lo buscaban dijo: «Yo soy el principio, que también os hablo.» Por Benjamín, sin embargo, al nacer el cual muere su madre Raquel, se designa a Pablo, de quien nadie duda que provino de esta estirpe. Y se dice que al nacer Benjamín, la madre muere, porque, al acercarse Saulo a la luz de la nueva regeneración, la Iglesia es gravemente atacada por él con persecuciones. Como Lucas en los Hechos de los Apóstoles: «Saulo devastaba la Iglesia, entrando en las casas, y arrastrando a hombres y mujeres, los entregaba a la cárcel.» Así pues, Raquel llama a Benoni, es decir, hijo de nuestro dolor, a quien Jacob llama Benjamín, es decir, hijo de la derecha, porque Pablo, que había sido el dolor de la madre Iglesia, quien de algún modo, al nacer, la atacó y la mató, fue llamado hijo de la derecha por Dios Padre, cuando por él la divina potencia luchó contra las naciones, como por su fuerte derecha, lanzó valientemente los dardos de las palabras, infligió saludables heridas a los

corazones, y por él, habiendo vencido y derrotado a los enemigos, triunfó con gloria. De ahí que el mismo Pablo diga a los Gálatas: «Pero cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, para revelar a su Hijo en mí, para que lo predicara entre los gentiles, no consulté de inmediato con carne y sangre.» No sin razón, por tanto, Pablo es llamado hijo de la derecha, por quien toda la multitud de las naciones, que ha de ser colocada a la derecha de Dios, es reunida en los sacramentos de la fe.

CAPÍTULO XXIX. Que Onán encontró aguas calientes en el desierto, mientras pastoreaba los asnos de su padre.

Este es Onán, quien encontró aguas calientes en el desierto, mientras pastoreaba los asnos de Sebeón, su padre. Esto, claramente, parece frívolo en cuanto a la letra. ¿Qué tiene que ver con la Sagrada Escritura que refiera que un cuidador de asnos encontró aguas en el desierto? Pero donde en las sagradas letras no parece haber utilidad, es necesario que la mente recurra a la inteligencia espiritual. ¿Qué es, pues, figuradamente, que Onán pastoree asnos en el desierto de su padre, sino un hombre espiritual, a quien Dios Padre es, cuidando a los hermanos simples bajo el estudio de una disciplina más remota? ¿Y qué es encontrar aguas calientes, sino brotar en lágrimas de compunción, que se extraen del fervor del Espíritu Santo? Pues la misma interpretación de los nombres no rehúye el entendimiento de esta figura. Onán, en efecto, se interpreta como dolor de tristeza de ellos, o murmuración o queja. Porque quien se entristece con el dolor de la verdadera compunción, se ve obligado a murmurar bajo una especie de queja contra la maldad de su vida. Él, en efecto, se mantiene principalmente en la equidad, quien no se desvía de la rectitud de la justicia por ninguna necesidad. Así pues, Onán, mientras pastoreaba los asnos de su padre Sebeón, encontró aguas calientes, porque quien se muestra hijo de Dios por la rectitud de vida, y se duele profundamente de sus pecados, mientras se muestra solícito en la vigilancia de los hermanos, recibe por don divino la gracia de las lágrimas. Pues aquella bienaventurada pecadora primero ungió los pies del Señor con unguento, luego derramó el alabastro de unguento precioso sobre la cabeza del que estaba recostado. La cabeza de Cristo es Dios: los pies de Cristo son los siervos de Dios. Así como aquella, mientras rendía servicio a la humanidad de Cristo, mereció alcanzar el entendimiento de la divinidad, así el doctor de la Iglesia, mientras cuida a los miembros, recibe la gracia de contemplar la divinidad.

CAPÍTULO XXX. Que Judá descendió a Timná para esquilarse las ovejas.

Judá descendió a Timná para esquilarse las ovejas con Hira, el pastor de su rebaño, el adulamita. Timná se interpreta como deficiente; por la cual se muestra la sinagoga, en la que los reyes y profetas habían fallado, así como la unción, hasta que viniera aquel a quien estaba reservado. Por lo cual también se dice por el Profeta: «Cuando venga el Santo de los santos, cesará la unción.» ¿Qué se entiende, pues, por Judá, que vino a Timná a esquilarse las ovejas, sino nuestro Redentor, quien se sabe que vino a la sinagoga para liberar a las ovejas perdidas de la casa de Israel de sus pecados? Por lo cual el esposo dice a la esposa en el Cantar de los Cantares: «Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas, que suben del lavadero.» Así pues, Judá vino a esquilarse las ovejas, no solo, sino con su pastor adulamita, cuyo nombre era Hira. ¿Qué entendemos por el adulamita, sino a Juan? Adulamita se interpreta como testimonio en el agua. Con este testimonio, en efecto, vino el Señor a las aguas del bautismo, teniendo ciertamente un testimonio mayor que el de Juan, pero, por las ovejas débiles, se dignó usar este testimonio en el agua. Por lo cual, al verlo acercarse a las aguas del Jordán, exclamó de inmediato diciendo: «He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo.» Y el Evangelista dice: «Juan dio testimonio, diciendo: Vi al Espíritu descender como paloma del cielo y permanecer sobre él, y yo no lo conocía, pero el que me

envió a bautizar en agua, él me dijo: Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo.» A esta visión, ciertamente, el nombre de aquel pastor le conviene perfectamente. Hira se interpreta como visión de mi hermano. El Señor era, en efecto, hermano de Juan, no solo según la descendencia de Abraham, sino también según el parentesco de María y Elisabet. Así pues, Juan vio a su hermano aún encerrado en el vientre, lo vio en el bautismo, vio al hombre con el ojo de la carne, vio la majestad en el espíritu. Por lo cual, la interpretación de ambos nombres, Hira, que es visión de mi hermano, y Adulamita, que significa testimonio en el agua, el mismo Juan lo comprendió bajo un solo versículo, diciendo: «Yo vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios.» Así pues, al venir Judá a esquilas las ovejas, Tamar cambia de hábito, porque cambia de vocablo espiritual. Tamar, en efecto, se interpreta como cambiando; pues de sinagoga se convierte en Iglesia.

Bendito sea el nombre del Señor.